

AIDA

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

ala del palacio Real. En el fondo una galería desde la cual se ve la ciudad de Memphis.

RAMPHIS y RADAMÉS.

Ramphis, Gran sacerdote egipcio dice á Radamés, Capitán de la guardia de Faraón, que acaban de notificarle que los etíopes piensan nuevamente atacar á Tebas, para cuyo efecto se hallan organizando un gran ejército, ignorando únicamente quien es el designado para mandarlo. Esta noticia es la que quiere comunicar á Faraón, así como el nombre del General á quien éste debe nombrar, según resultado de la consulta habida con la sibila *Isida*.

Radamés que no ansía otra cosa que ganar gloria y trofeos para depositarlos á los pies de su idolatrada *Aida*, de quien se halla perdida-mente enamorado, sueña ser el designado para mandar la falange egipcia, y llegar á construirle un trono *vecino al sol*, colmo de las ilusiones de un amante.—

ESCENA II

Aparece Amneris hija de Faraón, y al ver á Radamés, cuyo semblante le anuncia una secreta alegría, pregúntale qué la ocasiona. Radamés la dice que ha tenido un sueño encantador. «*Que mandaba los egipcios los que habian vencido y derrotado por completo á los etio pes.*»

Amneris no cree en él, insistiendo en su demanda, pues según ella, sólo el amor puede producir alegrías tan intensas. Radamés tiembla al creer descubierto su oculto amor, y Amneris que ama frenéticamente al Capitán, jura vengarse de la mujer que le robe su cariño.

ESCENA III

Aida, esclava predilecta de Amneris, aparece por el fondo, quedándose turbada al ver á Radames, con lo cual aumentan las sospechas de la hija de Faraón, quien interroga á Aida con

frases cariñosas. Esta contesta, que la única causa de la pena que la domina es la guerra, que según ha oído, se halla próxima á estallar, pero Amneris se propone expiar á Radamés y á Aida de quienes sospecha.

ESCENA IV

El Rey Faraón, acompañado de su corte y Gran sacerdote, aparece en escena y ordena que entre el mensajero portador de las noticias que acabamos de relatar.

Penetra éste, y expone á su Rey que los etíopes han atravesado el Nilo capitaneados por el terrible Amonasro, y que se hallan desvastando toda la campiña de Tebas.

Un grito unánime de guerra sale de todos los pechos, y Faraón nombra á Radamés general del ejército que debe ir á contener la invasión.

Amneris le presenta un estandarte, y le dice «Vuelve vencedor,»

Todos en masa repitenle la frase, y Ramphis se lo lleva al templo, para implorar la gracia de los dioses.

ESCENA V

Sola queda Aida dominada por el terror y luchando con dos terribles afectos.

¡Qué situación la suya! Su padre, rey de Etiopía, manda el ejército invasor, siendo su amante el designado para combatirlo!

Como amante desea el triunfo de los egipcios; pero si este deseo llega á efectuarse, ¿qué será de los vencidos? Su padre, sus hermanos, su patria.

Pide fuerzas á los Dioses y se encamina al templo á implorar su protección.

MUTACIÓN

*Templo de Vulcano en Memphis. En el fondo un altar.
En los costados grandes pebeteros en los cuales se
quemaba incienso.*

ESCENA VI

Las esclavas bailan la *danza sagrada*, mientras las sacerdotisas y sacerdotes oran ante Vulcano, de quien imploran la victoria. Radamés entra conducido por dos sacerdotisas, y acompañado de Ramphis, el cual le entrega las armas sagradas, repitiéndole las frases de «Vuelve vencedor.»

ACTO II

CUADRO PRIMERO

Sala tocador de Amneris.

ESCENA PRIMERA

Amneris, rodeada de sus esclavas, y mientras unas cantan y otros bailan, procede á su tocado, poniendo un singular esmero en él, puesto que sabe que Radamés debe llegar aquel día, y quiere que la encuentre hermosa.

Ve que Aida se aproxima, y los despide á todos, pues desea interrogarla antes de anunciarle el triunfo de los egipcios.

ESCENA II

Aida, dominada por sus tristes pensamientos, aparece cabizbaja y abatida por el dolor. Amneris la consuela y le dice que la suerte ha sido adversa á las armas egipcias, noticia que debe halagarla, puesto que sus compatriotas han triunfado; pero Aida, que tiembla por Radamés, sigue triste, no atreviéndose á preguntar por

su amante. Amneris, á quien ya no cabe duda del amor que existe entre su esclava y el general egipcio, le dice que éste ha muerto. Aida lanza un grito de dolor, y Amneris le manifiesta que la ha engañado, que el triunfo ha sido de Radamés, que vive, y que triunfante y lleno de gloria debe llegar en aquel mismo día.

Óyense trompetas á lo lejos, y la hija de Faraón se regocija, puesto que en breve entrará el ejército vencedor.

Aida dícele que únicamente vive por el amor de Radamés; pero Amneris la responde que tiemble, puesto que ella también le ama, hallándose dispuesta á todo antes que á renunciar á ser su esposa. Amneris sale á unirse á su padre que la aguarda.

ESCENA III

Aida llora la derrota de los etíopes, así como sus perdidas ilusiones, puesto que comprende su impotencia para luchar con la hija del Rey. Recuerda su pátria á la cual no volverá, y sale para unirse á la comitiva que debe esperar al vencedor.

MUTACIÓN

Alrededores de Tebas. A la derecha el templo de Amnón, y á la izquierda un trono.

ESCENA IV

El Rey con sus ministros, sacerdotes y capitanes, ocupa el trono, á cuyo lado se sienta Amneris, y á los piés de ésta Aida. Una vez colocada la corte, empieza á desfilar ante ella el ejército vencedor, conduciendo los trofeos ganados á los etiofes, apareciendo al final Radamés, conducido en hombros sobre un rico palanquín del cual desciende ante Faraón, á quien dá cuenta de su victoria, pidiéndole permiso para presentarle los prisioneros; accede á ello, y á una señal de Radamés entran éstos: al frente de ellos va Amonasro, padre de Aida, la cual, loca de terror, abandona su puesto y se precipita en sus brazos.

Mudos de asombro quedan todos, y de éste se aprovechan Amonasro para decirle á su hija que no le contradiga.

Faraón pregunta á Amonasro quién es, y éste le responde, que el padre de Aida, simple oficial etiope que, cumpliendo con su deber, ha defendido á su patria: que la suerte les ha sido adversa, y que si conceptúan el *amor á la patria como un delito, está pronto á morir*; pero ya que ha tenido la suerte de ver á su hija, á quien creía perdida, que implora su clemencia.

Radamés que, á costa de su vida, hubiese querido evitar este dolor á su idolatrada Aida, dice al Rey, que el único premio que desea por su victoria, es la libertad de los prisioneros, á la cual accede el Rey; pero el Gran sacerdote se opone, transigiendo al fin, siempre que el padre de Aida quede en rehenes.

Queda al fin así concertado, y Faraón concede la mano de Amneris á Radamés, como premio á sus eminentes servicios.

Aida llora se perdida ventura, Amneris goza al ver la humillación de su rival, y el pueblo entona cantos de júbilo.



ACTO III

Alrededores del Nilo. A la derecha y entre rocas y palmeras el templo de la Diosa Isida. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Dentro del templo óyense cánticos religiosos entonados en honor á las bodas de Amneris á quien esperan. Llega ésta en una barca, acompañada de las sacerdotisas y Ramphis, penetrando en el templo, en cuyo recinto debe pasar la noche rezando, según tradición en la familia de los Faraones, antes de celebrar sus bodas.

ESCENA II

Aida, citada por Radamés en las orillas del Nilo, llega cautelosa y dispuesta á, una vez terminada la entrevista con su amante y dándole el último adiós, arrojarle al río, en cuyas caudalosas aguas piensa encontrar término á tanto dolor.

ESCENA III

Amoñasro, que desde un principio ha com-

prendido el amor que une á su hija y á Radamés, piensa sacar partido del mismo, y siguiendo á Aida, la sorprende, obligándole á que pregunte á Radamés en qué sitio se halla acampado el ejército egipcio, con cuyo dato su triunfo es seguro.

Niégrese Aida á tal pretensión, y su padre la recrimina, diciéndole, que por ella se vé la patria oprimida, que no es su hija, y que más que la descendiente del trono de Etiopía, es una vil esclava de los Faraones, á quien maldice.

Transida por el dolor, accede Aida y promete á su padre hacer cuanto la ordene. Amonasro la deja sola y aparece Radamés.

ESCENA IV

Arrojáse este en brazos de Aida, pero dominada por los celos, le aconseja entre en el templo en donde le aguarda su esposa ébria de amor y de ventura.

Radamés la jura que á nadie más que á ella ama y que está dispuesto á hacer cuantos sacrificios sean imaginables para demostrárselo.

Aida le pide que huya, pero Radamés se opone en un principio, accediendo luego á las repetidas instancias de Aida.

Insta ésta para que le diga por donde efec-

tuarán la fuga, y Ramadés le dice que por el escogido para la conducción del ejército egipcio ó sea á la garganta del Nápata, que es el más seguro.

ESCENA V

Amonasro, que se halla oculto entre las peñas oyendo el coloquio, aparece asegurando, que el triunfo es suyo. Ramadés se estremece al considerar que ha vendido un secreto de su patria, pero Amonasro le consuela, diciéndole que él es *Amonasro padre d' Aïde e de gli etiope il re.*, y que lo elevará al trono.

Ramadés se conceptúa deshonrado por no haber conocido al rey etiope en su prisionero.

ESCENA VI

Amneris, que desde la puerta del templo los está escuchando, al ver que se disponen á huir, llena de celos y de furor, llama «traidor» á Ramadés y demanda auxilio para que los prendan. Amonasro se arroja, puñal en mano, sobre la hija de Faraón; pero Ramadés se interpone y lo desarma, haciendo que huya con Aida, y él se constituye prisionero, entregando las armas al gran sacerdote.

ACTO IV

—

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Sala del palacio Real que conduce al subterráneo de las Sentencias. La prision de Radamés á la derecha.

Amneris, arrepentida y contrita, piensa el modo de salvar á Radamés de la terrible acusación que sobre él ha fulminado y manda á los guardias que le conduzcan ante su presencia.

ESCENA II

Radamés, conducido por los guardias, aparece ante Amneris, y ésta le ruega se defienda ante sus jueces, que ella le ama y hará cuanto sea imaginables para salvarle.

Radamés cree que Aida ha muerto y se niega á toda transacción, pero Amneris le notifica que únicamente Amonasro ha caído en poder de sus perseguidores, que olvide á Aida y que corresponda á su amor. Radamés dice que sólo ha te-

nido un amor y que con él bajará al sepulcro. Aparecen nuevamente los guardias y lo conducen á la prisión.

Bajan los sacerdotes á la sala de Sentencias, ante la cual es conducido Radamés, acusado de traidor, á esta acusación permanece silencioso el jefe egipcio, y en vista de su silencio es condenado á ser enterrado vivo, llevándose é efecto tan terrible fallo.



MUTACION



La escena aparece dividida por el medio. En la parte superior el templo de Vulcano. En la inferior los calabozos donde eran enterrados los traidores.

ESCENA ÚNICA Y ÚLTIMA

Radamés baja los peldaños de su tumba mientras los sacerdotes cierran la entrada.

Esta es mi tumba, exclama, ¿en dónde se hallará mi dulce Aida? A tu lado, exclama una voz, y era en efecto, Aida, que temerosa del castigo que debían imponer á su amante, escondida y huyendo de miradas indiscretas, lle-

gó á enterarse del fallo fatal, introduciéndose antes que Radamés en su eterna sepultura.

Comprende Radamés el inmenso amor de Aida, y abrazando á su amante, se despiden de la tierra dándole el último adiós y muriendo ambos en escena.

FIN DE LA ÓPERA